

mones aplastado; la muerte debió ser instantánea. Uno de los palos de la silla en que estaba sentado Luis de Marcellange presentaba la señal de una posta; el travesaño superior estaba atravesado por un agujero circular perfecto: por allí era por donde había pasado la bala.

Mientras se verificaban estas comprobaciones entró un hombre que llevaba gasa en el sombrero é iba vestido como lo están, en el país, las gentes de la clase media. Sus ojos tropezaron con el cadáver y brillaron con una espresion de odio feroz. No fue mas que un relámpago; pero habia allí tres hombres, observadores de profesion, un cabo de gendarmería y dos gendarmes. Aquellos tres hombres cambiaron entre sí una mirada rápida. Un mismo pensamiento habia cruzado por su mente: *¡Ese hombre debe ser el asesino!* Así que, fijaron en él una de esas miradas pertinaces que graban para siempre en la memoria una filiacion.

El hombre se adelantó y advirtió á los magistrados que en una habitacion del castillo se habia servido una comida para ellos y para algunos parientes de la familia Marcellange. El hombre, que tenia trazas de mayordomo ó de repostero, sirvió á la mesa.

Habia allí un notario, M. Meplain, pariente de la víctima, que no pudo contener un movimiento de repulsion al ver que aquel hombre se acercaba á mudarle el plato. El juez de instruccion tomó informes acerca de aquel sirviente siniestro; le dijeron que era un tal Santiago Besson, porquero en otro tiempo, luego criado en Chamblas, y convertido en agente de confianza de las señoras despues de la separacion de los esposos, y que M. de Marcellange habia tenido que echarle por sus insolencias. El juez de instruccion se inclinó al oido del cabo de gendarmes y le dijo: «Ved á ese hombre que lleva gasa en el sombrero; apostaria á que no le pesa lo que ha sucedido.» El cabo de gendarmes miró al hombre con mayor atencion que hasta entonces, diciendo para sí: «Acaso, tendré que prender algun dia á este mozo.» Observó, pues, que el tal Santiago Besson tenia los labios hinchados y señales recientes de viruelas, que andaba con ligereza y estaba calzado con escaupines y que llevaba puesto un pantalon de pana de color de aceituna con rayas. Su fisonomía tenia una espresion bonachona y serena, pero se adivinaba en ella una energía estremada. El color de su tez era oscuro; su cabellera, muy negra, cubria su frente; sus ojos azules lanzaban una mirada dulce y firme á la par.

Cuando la justicia hubo cumplido sus primeros deberes, para los cuales le habia confiado todos los suyos el alcalde de la municipalidad, se procedió al entierro de M. de Marcellange. Parientes, criados, vecinos, todos siguieron al cadáver á su última morada, muchos de ellos, llorando á tan buen amo. Solo un hombre se quedó en el castillo durante aquellos funerales, comiendo en un rincon con aspecto meditabundo. Aquel hombre era el agente de confianza de las señoras de Chamblas, era Santiago Besson.

Cuando se trató de nombrar una persona para que custodiase los sellos que ponía la justicia en las

puertas, hubo alguien que propuso á Besson. El notario M. Meplain reclamó enérgicamente, diciendo: «¡Un enemigo personal del difunto! ¡eso es indecoroso!» Insistieron diciendo que Besson era el representante de la viuda en Chamblas, mas el hermano de la victima, M. Turchy de Marcellange, rechazó aquella eleccion con una negativa categórica.

Puestos ya los sellos, M. Meplain encontró en un corredor á Santiago Besson, con una escopeta al hombro. Le pareció que esta habia pertenecido á M. de Marcellange, y este encuentro le dejó una impresion fúnebre.

Sin embargo, la sumaria buscaba á un delincuente y no le hallaba. Se interrogó á la opinion pública, la cual contestó que M. de Marcellange no tenia enemigos en el país, en donde su muerte causaba universal pesadumbre. Solo una persona, un tal Devaux, antiguo labrador que se habia convertido en agente y consejero de las señoras de Chamblas, deudor de algunos atrasos de pago de arriendo, y perseguido, segun decia, con un rigor desusado por parte de M. de Marcellange, alimentaba contra él un odio que no ocultaba en manera alguna. Cuando supo su muerte exclamó: «¡Ha ocurrido demasiado tarde!» Esta frase odiosa llamó al pronto la atencion de la justicia; pero una *coartada* invenciblemente demostrada tardó muy poco en disipar sospechas desmentidas ya por la misma groseria de aquellas palabras.

Así, pues, era preciso buscar fuera de la municipalidad al autor de aquel crimen audaz.

Habíase preso á algunos mendigos, entre otros á un tal Miguel Besson, apellidado Magnan, limpia-botas, medio ciego, que el 1.º de setiembre habia pedido limosna á M. de Marcellange. Un labriego llamado Claudio Reynaud, le designó como autor posible del crimen. Tambien prendieron á un tal Besson, apellidado Cedat, á Pedro Villedieu, Boissonnet, y Juan Maurin, apellidado Boudoul. Oyóse á mas de quinientos testigos, y cada vez parecia que reinaba mayor oscuridad acerca de aquel crimen. Los labriegos, raza pobre y prudente, no soltaban una sola palabra reveladora sino entre mil reticencias. Parecia que una influencia misteriosa les cerraba la boca, y en aquellas reticencias se creia percibir el efecto de un terror general, mas bien que el de la corrupcion.

Solo los parientes del difunto, con su hermano y su hermana, M. Turchy de Marcellange y Mad. de Tarade, á la cabeza, proseguian valerosamente su justa venganza. Por esta parte, no se tardó en localizar las sospechas.

Al primer rumor del suceso, el prefecto del Allier, el baron Mechin, recordó que algun tiempo antes de la muerte de M. de Marcellange, una señora de Tarade habia solicitado serle presentada en una reunion, en Moulins. Aquella señora le habia confiado los temores que le causaba la ausencia inesplicable de un hermano suyo que tenia anunciada su llegada á Moulins, M. Luis de Marcellange; asimismo le pidió que tuviese á bien hacer respecto de su hermano algunas averiguaciones administrativas, pues temia un asesinato durante el viaje. M. Mechin preguntó